

El pato rengo como forma política. Liderazgos en crisis y crisis de régimen en la Argentina contemporánea

Martín Plot *

Habiendo transcurrido ya cuatro décadas de continuidad democrática – y a pesar de las profundas crisis económico-sociales enfrentadas durante ese período – podemos esbozar la hipótesis de que lo ocurrido en 1983 no significó la mera restauración del orden político-constitucional anterior al golpe del 76 sino la institución de un nuevo régimen político en un sentido fuerte. Lo que quiero hacer en este texto es en cambio ofrecer una breve genealogía de la situación en la que se encuentra la Argentina de la postpandemia cuando esta es puesta en contraste con este régimen fundado hace cuarenta años. En la segunda parte, el texto sugerirá una mirada poco optimista del modo en que la pandemia hizo impacto en la capacidad que este régimen político-constitucional tendrá de perdurar en el tiempo. Retomaré durante mi análisis aspectos de las reflexiones de Ernesto Laclau, Bruce Ackerman y Richard Rorty, pero sobre todo ofreceré una interpretación de tres acontecimientos o fenómenos cuya sucesión domina la realidad política de la postpandemia en la Argentina: 1) las secuelas de la manera en que se conformó el gobernante Frente de Todos, 2) las características sobresalientes del mencionado régimen político argentino actual y el horizonte de su posible mutación, y 3) el efecto de la pandemia en las dos dimensiones antes mencionadas.

PALABRAS CLAVE: Frente de todos – pandemia – liderazgo teológico político – democracia – pato rengo.

After four decades of democratic continuity – and regardless the deep social and economic crises confronted during the period – we can sketch the hypothesis that what happened in 1983 was not just the mere restoration of the political and constitutional order that preceded the 1976 coup but the institution of a new political regime in the strong sense. What I want to do in this text is to offer a brief genealogy of the situation in which the post-pandemic Argentina finds itself when contrasted with that regime founded forty years ago. In its second half, the text will suggest a not so optimistic view of the way in which the pandemic impacted this politico-constitutional regime's capacity to perpetuate itself in time. During my analysis I will recover aspects of Ernesto Laclau, Bruce Ackerman, and Richard Rorty's work, but I will mostly offer an interpretation of three events or phenomena which succession dominates Argentine political reality in the post-pandemic: 1) the sequels of the way in which the ruling Frente de Todos was constituted, 2) the central characteristics of the mentioned political regime and the horizon of its possible mutation and 3) the pandemic's impact on the previous two phenomena.

KEYWORDS: Agribusiness – Financialisation – Biotechnology – Stock of knowledge – Argentina.

* Ph.D. New School for Social Research - Investigador del CONICET y profesor titular de Teorías de la democracia en la Escuela Interdisciplinaria de Estudios Sociales de la UNSAM, Argentina. Es autor de *El kitsch político* (Prometeo, 2003), *La carne de lo social* (Prometeo, 2008), *Indivisible. Democracia y terror en tiempos de Bush y Obama* (Prometeo, 2011) y *The Aesthetic-Political. The Question of Democracy in Merleau-Ponty, Arendt, and Rancière* (Bloomsbury Academic, 2014 y 16). Además, es compilador de *Destino Sudamericano. Ideas e imágenes políticas del segundo siglo argentino y americano* (Teseo, 2010), *Critical Theory and Democracy* (Routledge, 2012), Claude Lefort. *Thinker of the Political* (Palgrave Macmillan, 2013) y *Estética, política, dialéctica* (Prometeo, 2015). Publicó artículos en *Constellations, Theory and Event, Continental Philosophy Review, Temas y debates, Social Imaginaries, Anacronismo e irrupción, Cuadernos de Ética e Filosofía Política y Psychoanalysis, Culture & Society* entre otras revistas académicas.

Han pasado cuarenta años desde el acontecimiento al que tanto los análisis como los discursos políticos solían y aún suelen denominar “recuperación democrática.” Uno de los puntos de partida de este artículo es la idea de que esa denominación oculta más de lo que revela. Para esto basta recordar que la transición argentina, cuando se la compara con otras transiciones a la democracia en la región o incluso con las de Europa del Sur o del Este, fue siempre clasificada como anómala debido a que esta no había sido ni pactada ni violenta (sino por colapso), que no había sido ni exógena ni endógena (sino mixta), y que no se había dado ni en continuidad con el antiguo régimen ni se había propuesto explícitamente la fundación de un nuevo régimen político-constitucional (ya que lo que se había dado era la restauración de la vigencia de la vieja constitución de 1853). Es este último punto de las conclusiones a las que llegaron los análisis clásicos de la transición argentina (O’Donnell, Guillermo; Philippe C. Schmitter; y Laurence Whitehead, 1993; Nino, Carlos, 1996) el que debe ser reconsiderado. Con la esperanza de que esta reconsideración no confirme una vez más que el búho de minerva, efectivamente, nos está revelando el sentido del ciclo político iniciado en 1983 al atardecer de este, hoy podemos llegar a nuevas conclusiones. Habiendo transcurrido ya cuatro décadas de continuidad democrática – y a pesar de las profundas crisis económico-sociales enfrentadas durante ese período – podemos esbozar la hipótesis de que lo ocurrido en 1983 no significó la mera restauración del orden político-constitucional anterior al golpe del 76 sino la institución de un nuevo régimen político en un sentido¹. Una más detallada explicación de la noción de “régimen” invocada por esta interpretación puede encontrarse en otros trabajos recientes (Plot, 2020, 2021). Lo que quiero hacer en este texto es en cambio ofrecer una breve genealogía (Arendt², 1958) de la situación en la que se encuentra la Argentina de la postpandemia cuando esta es puesta en contraste con este régimen fundado hace cuarenta años. Hacia el final, el texto sugerirá, además, una mirada poco optimista del modo en que la pandemia hizo impacto en la capacidad que este régimen político-constitucional tendrá de perdurar en el tiempo. Retomaré durante mi análisis aspectos de las reflexiones de Ernesto Laclau, Bruce Ackerman y Richard Rorty, pero sobre todo ofreceré una interpretación de tres acontecimientos o fenómenos cuya sucesión domina la realidad política de la postpandemia en la Argentina: 1) las secuelas de la manera en que se conformó el gobernante Frente de Todos, 2) las características sobresalientes del mencionado

¹ Los dos autores que inspiran esta noción de régimen son el filósofo francés Claude Lefort y el constitucionalista estadounidense Bruce Ackerman. Ver Lefort, *Essais sur le politique*, Éditions du Seuil: Paris, 1986 y Ackerman, *We the People. Foundations*, Harvard UP: Cambridge, 1998.

² Utilizo la noción de genealogía en el sentido de Hannah Arendt: el de rastrear no causalidades sino aquellos acontecimientos sin los cuales un determinado presente no hubiese tenido lugar.

régimen político argentino actual y el horizonte de su posible mutación, y 3) el efecto de la pandemia en las dos dimensiones antes mencionadas.

1 – La crítica al poder

Para comenzar, permítanme formular la siguiente hipótesis interpretativa: en 2019, Cristina Fernández de Kirchner no le propuso a Alberto Fernández encabezar una fórmula presidencial en la que ella sería la candidata a la vicepresidencia *a pesar de que éste había sido muy crítico* de su gobierno y de cómo ella había manejado la vida interna del movimiento que ellos dos, junto con Néstor Kirchner y varios otros, habían puesto en marcha en 2003. Cristina Fernández de Kirchner se lo propuso *precisamente por eso*, porque Alberto Fernández había sido el primero y más agudo de aquellos que, críticamente, entendieron que la continuidad de aquel proyecto político no estaba garantizada por la encarnación del movimiento en el cuerpo de un o una líder – el modelo teológico-político de liderazgo, el modelo de los dos cuerpos del rey, el físico y el simbólico, como lo ilustró sutilmente el historiador Ernst Kantorowicz (1997). La continuidad del proyecto, en cambio, debía buscarse en la aparición plural de liderazgos y discursos en continuidad/discontinuidad con lo ya hecho, de nuevas visiones y nuevas pasiones que hicieran de cada renovado escenario político una oportunidad de regeneración y creatividad y no uno de mera repetición y retorno de lo mismo.

No quiero decir con esto que la falta de efectividad del liderazgo teológico-político que se evidencia desde hace diez años en la Argentina sea un dato permanente de la realidad. Muy por el contrario, bajo ciertas circunstancias históricas, en ciertas coyunturas, cuando el tipo de proyecto que se quiere prolongar en el tiempo le es consubstancial, esta forma de liderazgo puede ser – y de hecho lo ha sido, para bien o para mal, en otros tiempos o en otras latitudes – sumamente *pregnante*³ con la realidad. Lo que quiero decir con mi hipótesis interpretativa, en cambio, es que bajo las circunstancias históricas de la democracia argentina moderna, en 2019 Cristina Fernández de Kirchner había finalmente llegado a la conclusión de que serían nuevos y nuevas líderes los que podrían encabezar con éxito la continuidad del proceso político iniciado en 2003. Y esto sería así debido a que en la democracia argentina moderna fundada en 1983, y profundizada con la reactivación y profundización de la imaginación igualitaria a partir de 2003, el modelo de liderazgo teológico-político había ya mostrado suficientemente sus limitaciones políticas y electorales: Raúl Alfonsín no podía ser reelegido pero de

³ Uso el concepto de *pregnancia* en el sentido de la teoría de la *Gestalt* para aludir a la adecuación estructural entre una forma de acción y la configuración general en la que esta se inscribe.

todos modos nunca recuperó la centralidad en la vida política nacional luego de abandonar el poder, Carlos Menem fue reelegido gracias a la reforma de la constitución de 1994 (pactada con Alfonsín) pero nunca pudo volver al poder luego de concluir su segunda presidencia, y Cristina Fernández de Kirchner (CFK) ha sido un eterno “pato rengo”⁴ desde las elecciones de medio término de 2013.

A propósito de esto último, retrotraigámonos por un momento a la antesala de la derrota de 2015. En 2013, alcanzó con que *La Nación* y *Clarín* lanzasen la bengala de que CFK buscaba una victoria contundente en las elecciones parlamentarias para luego impulsar una reforma constitucional y perpetuarse en el poder, para que otro ex-Jefe de Gabinete suyo (Sergio Massa), con muy pocas herramientas políticas disponibles, lograse ganarle las elecciones en la Provincia de Buenos Aires y poner así fin a aquellas especulaciones opositoras. No tengo cómo corroborar esta intuición, pero creo que a CFK nunca le interesó realmente la idea de perpetuarse en el gobierno. Como sugirió ella misma en aquel famoso video de 2019 lanzando la fórmula con Alberto Fernández (AF) a la cabeza, los verdaderos dirigentes no buscan el poder sino quedar en la historia (como, por ejemplo, sin duda le ocurrirá a Alfonsín, a pesar de la crisis económica con la que terminó su mandato), y quedar en la historia no se logra por la mera duración cronológica, sino que es el resultado del tiempo de los acontecimientos, del actuar cada vez del modo en que los tiempos demandan.

De todos modos, CFK, quizás porque llegó a titubear ante aquella bengala opositora, nunca la refutó. Eso hizo que el fantasma de la perpetuación en el poder siguiera incidiendo en la realidad. Esa incidencia hizo que otros líderes importantes del movimiento iniciado en 2003, dirigentes que legítimamente aspiraban a ponerse a la cabeza del proyecto cuando la necesidad de recambio gubernamental asomara en el horizonte, fueran sucesivamente alienándose del gobierno. Cuando llegaron las PASO de 2015, solo uno de ellos, quedaba aún en pie: Florencio Randazzo. A tal punto era éste el único que quedaba como opción de recambio cuando el proceso electoral ya se ponía en marcha, que una derrota segura de éste en las Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO)

⁴ En los Estados Unidos, a los gobernantes ya reelegidos, y luego de las elecciones de medio término de su segundo mandato, se los denomina “pato rengo”. A lo que hace alusión esa noción es al hecho de que durante los últimos años de la administración de un o una presidente saliente, este pierde poder ya que el partido y la sociedad desplazan su atención al proceso de generación de un nuevo gobierno, proceso que excluye a quién, aunque aún en ejercicio de la autoridad política, ya no puede ser reelegido o reelegida. CFK estaba en esa condición luego de la derrota de las legislativas de 2013, pero — en parte debido al dispositivo constitucional argentino, que permite a los expresidentes competir luego de un término, en parte por otros aspectos de la cultura política nacional — esta nunca aceptó la condición de pato rengo y se propuso seguir determinando, desde una posición de autoridad que no acepta discusión, los destinos del espacio político nacido en 2003. Esta negación de la condición de pato rengo por parte de CFK está en la base de la falta de efectividad electoral y política recurrente de aquel espacio político durante la última década.

a manos de Daniel Scioli hubiese significado una derrota de CFK a manos del gobernador provincial, alguien que de ninguna manera expresaba con claridad una regeneración creativa del proyecto político kirchnerista. Esta fue la segunda encerrona a la que llevó la tentación con el modelo teológico-político de liderazgo: había que bajar la candidatura del delfín (Randazzo), porque su derrota significaría la derrota de la líder. Y así fue como se decidió “ungir” a Scioli de “candidato del proyecto” — algo que este representó políticamente mal y de modo electoralmente inefectivo.

“ En el entrelazamiento de un Estado autolimitado en el ejercicio de la violencia legítima, pero a su vez incapaz de asegurar un acceso universal a la canasta básica de alimentos, la salud y la educación está la clave del tipo de conflictividad que dominó la política argentina de la última década. ”

El régimen presidencialista argentino y su sistema electoral de prohibición de re-elección indefinida, pero no así de retorno de un/a ex-presidente al gobierno luego de un mandato intermedio, hizo lo suyo para prolongar la validez de la hipótesis teológico-política. El candidato fallido en 2015 (Randazzo) quiso hacer su reaparición en 2017. CFK podría haber utilizado esa reaparición para tejer una victoria propia apabullante en las PASO y llegar así ambos unificados a las elecciones de octubre. Pero los tiempos nuevamente no fueron leídos de ese modo: como dijo en algún momento Marcos Peña de Mauricio Macri, “a un presidente no se lo somete a una interna”. Trasladando el concepto a un liderazgo que no debe ser cuestionado para poder extenderse en el tiempo, CFK, o sus principales asesores del momento, decidieron romper con el partido y ratificar en las urnas, pero sin debate interno, el vínculo de la líder con sus votantes. El resultado fue la victoria en la Provincia de Buenos Aires de un ignoto candidato, nuevamente aprovechándose del desfasaje — esto es, de la falta de pregnancia — entre una concepción de liderazgo político y los sentidos, horizontes y expectativas que dominan la vida pública de la democracia argentina contemporánea.

Como muy bien describió Ernesto Laclau (2007), la identificación afectiva con la o el líder es lo propio del vínculo teológico-político — o, como él prefirió llamarlo, del vínculo populista entre el o la líder y el pueblo. La pregunta por la

presencia en la vida pública de esta forma de identificación no acepta por respuesta un sí o un no. Es decir, no puede sostenerse que: o esta identificación existe y por lo tanto es lo propio de la “ontología” de lo político, como a veces parece hacerlo Laclau; o esta no existe y por lo tanto es una mera fantasía producto del delirio del ególatra, como quizás lo llamaría Lefort. Este vínculo existe: entre CFK y muchas y muchos argentinos, como también existe (o existió por un tiempo, no lo sabemos aún) entre Macri y aquellos argentinos que hacía décadas buscaban un líder que pudiese encarnar su desprecio por los sectores populares y por todo lo malo – menos las dictaduras y los neoliberalismos, por supuesto, que fueron muchas y muchos durante el período – que le ocurrió al país “en los últimos setenta años”. Este vínculo existe, en efecto, pero no es la única forma de articulación política en sociedades complejas y plurales.

La identificación afectiva de sus seguidores con CFK es en parte uno de los componentes de la vigencia del proyecto político surgido de la crisis de 2001/2; pero también es una de sus principales limitaciones. Esta es la cuadratura del círculo que CFK, en su creciente soledad como líder, precisamente por la dificultad de resolución de este dilema, no logró desentrañar en 2013, 2015 y 2017. Esto fue lo que, en 2019, la fórmula Fernández-Fernández trató de modificar. De todos modos, las reacciones de muchos de aquellos más inclinados a la fidelidad y a la repetición que a la regeneración y la pluralidad no fueron y siguieron sin ser promisorias y anticiparon los problemas del gobierno por venir. Aunque CFK haya querido en aquel momento quedar en la historia, algunos de sus seguidores hubiesen preferido que ella simplemente dure. Este problema finalmente se extendió a la dificultad para ejercer la autoridad política que tuvo AF en su gobierno. Los más fieles seguidores de CFK insistieron con la fórmula teológico-política – los dos cuerpos del rey bajo una nueva formulación: Fernández (Alberto) al gobierno, Fernández (Cristina) al poder – y 2019 inició un episodio más de la lucha por subordinar la identificación afectiva con un/a líder al imperativo democrático-pluralista de que el mañana, y sus protagonistas, no será igual ni los mismos de ayer.

Otro historiador (Koselleck, 1988), en su interpretación de la inestabilidad política característica del siglo XIX europeo, sostuvo que la práctica de la crítica, una práctica surgida del horizonte filosófico y moral de la Ilustración no era capaz de construir un orden político estable. En sus antípodas, el sociólogo y filósofo Jürgen Habermas, construyó todo el andamiaje de su teoría democrática sobre la base de la subordinación de la vida política al ejercicio de la crítica en condiciones de una “situación ideal de habla” (Habermas, 1992). Para Koselleck, el fin del modelo teológico-político llevaba inevitablemente a la inestabilidad de la democracia del debate y la indecisión. Para Habermas, el modelo teológico-

político tenía un solo adversario democrático: el modelo de la comunicación transparente. La crítica que Alberto Fernández desarrolló a la forma de ejercicio del poder de Cristina Fernández de Kirchner no expresó ninguno de esos dos modelos: en democracia hay opacidad y hay adversarios – aunque eso no la hace inviable – pero también hay pluralidad, por lo que la comunicación nunca es transparente, dado que la realidad social es vista desde muchas y conflictivas perspectivas. La crítica de AF no fue la de Habermas sino la de Maquiavelo: actuar políticamente de la forma en que estaba actuando el kirchnerismo tardío llevaba a la derrota y al deterioro de la efectividad tanto comunicativa como política del proyecto democrático e igualitario. La crítica de AF no había sido una crítica al poder en tanto que poder. El objeto de su crítica, como la de muchos otros, había sido el ejercicio teológico-político del mismo en un contexto en que la pluralidad democrática lo hace ineficaz y, generalmente, inviable.

2 – La matriz de sentido

“Mauricio Macri logró ser el primer presidente no peronista en terminar su mandato”, se cansaron de decir aquellos que creen que ese dato empírico porta algún sentido esotérico o metafísico. Pero Macri también fue el único presidente hasta el momento, y su partido el único partido – peronista o no peronista – que no logró reelegirse cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Las razones de esta excepcionalidad, creo, se deben a la hipótesis interpretativa que desarrollaré en este apartado, pero antes de pasar a ello me interesa subrayar una dimensión, digamos, estilística de esa interpretación. El discurso de Cambiemos (hoy Juntos por el Cambio) fue, desde un comienzo, un discurso descalificador del adversario político: el kirchnerismo y aquellos que lo apoyaron eran corruptos, delincuentes, anti-republicanos, narcotraficantes, inmorales o, en el mejor de los casos (porque son incapaces de juzgar por sí mismos), “planeros” y/o “choripaneros” (Semán, 2021). De todos modos, en la recta final de la campaña electoral de 2019 ese discurso se generalizó y radicalizó peligrosamente, llegando a plantear dicotomías extremas que funcionaron como una anticipación de los posicionamientos políticos que el otrora oficialismo adoptaría una vez en la oposición y durante la pandemia de Covid-19. (Algunos dirán que el kirchnerismo en el poder antes de 2015 también había decidido, particularmente durante los últimos años, demonizar a su(s) adversario(s) político(s). Completamente cierto. Tan cierto como que también al kirchnerismo esa descalificación del adversario político lo llevó a la derrota, y como que la repetición de ese gesto discursivo muy probablemente los llevará nuevamente al mismo resultado si llegase a primar en el último tramo del gobierno inaugurado en 2019.)



Pero esta dimensión que denominé “estilística” me lleva en realidad a la cuestión de fondo que quiero discutir ahora. El constitucionalista norteamericano Bruce Ackerman llama “identidad constitucional” (Ackerman, 1998) a lo que aquellos de nosotros formados mayormente en la tradición de pensamiento político continental llamamos “lo político” (Lefort, 1986). Para Ackerman, un régimen político-constitucional no es la relación especular entre un texto o conjunto de textos y su aplicación lineal a la realidad política o jurídica. Un régimen político-constitucional es una matriz de sentido que logra consolidarse en el tiempo; un entramado de prácticas, instituciones, sentencias judiciales, piezas legislativas, decisiones presidenciales y discursos sociales aceptables o inaceptables que domina la vida política—y que lo hace, usualmente, durante varias generaciones. Este marco teórico nos permite observar que la Argentina actual no transita un régimen político-constitucional inaugurado en 1853, 1949 o 1994 (los momentos estricta o formalmente constitucionales de la nación). En la Argentina de hoy lo que domina e instituye la vida política es la matriz de sentido nacida de los acontecimientos de 1983. Pero que la Argentina siga viviendo en esa matriz de sentido no quiere decir, de todos modos, que no haya habido o siga habiendo intentos frecuentes por reemplazarla. A los intentos de reemplazo de una matriz de sentido Ackerman los llama “movimientos constitucionales” — movimientos que buscan el cambio de la identidad constitucional de una nación. El menemismo, con su intento

por desarmar las marcas simbólicas y de política pública del régimen — sobre todo las políticas de derechos humanos y las principales instituciones de la democracia redistributiva como son la regulación estatal del mercado, la jubilación pública o las empresas estatales de servicios; el kirchnerismo post 54% de 2011, con su sueño solo ocasionalmente explicitado de reforma constitucional y su incomprensible “vamos por todo”; y el macrismo, con su neo-menemismo purificado, liberado de sus elementos plebeyos, y su objetivo de terminar con la Argentina redistributiva y de Estado auto-limitado en la acción represiva — este último uno de los legados más preciados de las experiencias de la transición y del 2001; estos tres intentos de “reforma revolucionaria” de la matriz de sentido nacida en el 83’ fracasaron y fueron integrados, como siempre ocurre ante estos fracasos, en la “política normal” del régimen⁵.

Luego de las elecciones del 27 de octubre de 2019, el dilema de Alberto Fernández fue entonces el siguiente: decidir si la interpretación que le daba a su llegada al poder era la de profundizar o, a la inversa, abandonar el régimen político-constitucional nacido en el 83’. Hagamos un juego matemático: si el 54% de las elecciones presidenciales de 2011 y el 42% de las elecciones legislativas de 2017 llevaron al vamos por todo y luego a la derrota tanto del kirchnerismo tardío como del macrismo, quizás el 48% de Alberto Fernández haya sido la justa medida que permitiese generar

⁵ Para una versión más elaborada de esta dinámica, ver Plot, “Momentos constitucionales e institución de la sociedad. Bruce Ackerman y la democracia dualista argentina”, op. cit.

un gobierno que no se viese a sí mismo como encabezando un nuevo movimiento constitucional sino más bien como uno que finalmente lograra dar cumplimiento a las promesas del 83': en la República Democrática vigente, no alcanza con que el Estado respete los derechos humanos y no reprima a la sociedad civil cuando ésta se manifiesta pacíficamente. En el régimen político-constitucional vigente, como se dijo en sus momentos fundacionales, es central también que todos sus miembros coman, se curen y eduquen en igualdad.

En efecto, el Estado Argentino, desde 1983, fue mayormente un Estado autolimitado en su ejercicio de la violencia legítima. La excepción, quizás, se dio en diciembre de 2001 durante la crisis que llevó a la renuncia de Fernando De la Rúa. La violencia estatal desatada durante esos días, junto con otros acontecimientos de 2002, constituyeron la antesala de una de las decisiones de política pública más importantes en términos de matriz de sentido – es decir, de identidad políticoconstitucional – de la presidencia de Néstor Kirchner: en la Argentina el Estado democrático no debe reprimir la protesta social. Pero se dieron dos fenómenos asociados a esta decisión de política pública: 1) Por un lado, el Estado democrático, además de no reprimir a la sociedad civil, también tiene que, al menos en el marco de la identidad constitucional nacida en el 83', garantizar que en la Argentina “se coma, se cure y se eduque” y, como sabemos, esa es la mayor deuda del régimen nacido de la transición/fundación democrática. 2) Por otro lado, esta deuda, que además es creciente, generó una también creciente protesta social; protesta social que hizo del Estado democrático no represivo un blanco cada vez más claro de la crítica pública y los anhelos de transformación de la identidad constitucional expresados por los sectores más acomodados de la sociedad civil y sus expresiones políticas y mediáticas.

En el entrelazamiento de estas dos dimensiones – un Estado autolimitado en el ejercicio de la violencia legítima, pero a su vez incapaz de asegurar un acceso universal a la canasta básica de alimentos, la salud y la educación – está la clave del tipo de conflictividad que dominó la política argentina de la última década. El Estado, cada vez más desfinanciado a partir de las crisis de deuda con las que comenzó a lidiar la democracia desde el gobierno de Alfonsín, fue haciéndose crecientemente incapaz de desarrollar el tipo de políticas públicas redistributivas que pudiera garantizar un acceso igualitario a la salud, la educación, la vivienda digna y la canasta básica de alimentos. Esta incapacidad llevó a un aumento de la protesta social que resultó efectiva en su objetivo de visibilizar la injusticia social resultante. Pero, como en los noventa del siglo pasado, en el nuevo siglo esta combinación de crisis económica, protesta social y Estado autolimitado reactivó nuevamente el horizonte jerárquico

y de mano dura ofrecido por el discurso característico del neoliberalismo global contemporáneo. Macri + Bullrich + Pichetto (sumado a último momento para ofrecer una pintura completa de la oferta política en cuestión) + ahora Milei fue y es la verdadera ecuación del movimiento constitucional que fue/es el macrismo. Movimiento constitucional que no logró las mayorías amplias y sucesivas que se requieren para cambiar la identidad constitucional de una nación, pero que sí logró obtener un 40% de los votos en las elecciones presidenciales de 2019 y, por lo tanto, permanecer vigente como discurso social y disponible para futuras reactivaciones.

Por el lado de la fuerza política triunfante en las últimas elecciones presidenciales, la presencia de los significantes “Alfonsín” y “Néstor” en el discurso público de Alberto Fernández, junto con su explícita intención de desplazar el eje de la agenda de discusión de las crisis financieras recurrentes a la crisis permanente de un Estado democrático que no cumple aquello que promete – que en esta sociedad se debe curar, comer y educar en igualdad – pareció augurar una clara toma de partido con relación a la conflictividad mencionada. Si la hipótesis interpretativa ofrecida en este apartado es correcta – que la identidad constitucional vigente en la Argentina es la nacida en 1983 – la tarea de Alberto Fernández pareció clara: para que la promesa de un Estado autolimitado en su ejercicio de la violencia legítima no sucumba ante la arremetida neoliberal y etnonacionalista contra la democracia que domina la escena global, este Estado debe encontrar la manera de retomar el camino de una justicia social e igualitaria que ni el alfonsinismo ni el kirchnerismo lograron consolidar. Solo el éxito en ese objetivo pondrá límites a la amenaza jerárquica y disciplinadora que tanto el neoliberalismo como los etnonacionalismos globales siguen ofreciendo como remedio a la conflictividad democrática.

3 – Política, políticas, políticos

En lo que fue su único libro de coyuntura, *Forjar nuestro país* (*Achieving our Country*), el filósofo neopragmatista estadounidense Richard Rorty planteaba, ya a fines de los años noventa del siglo pasado, que el siglo XXI sería sombrío para su país si la izquierda democrática y los progresistas norteamericanos no cambiaban a tiempo⁶. Hablando de un período y un lugar distintos al nuestro – aunque no tan distintos como algunos suponen – Rorty describía el modo en que la izquierda que él llamaba cultural había logrado, a partir de las luchas por la ampliación de derechos civiles que se daban en los Estados Unidos desde los años sesenta, reducir considerablemente los niveles de

⁶ Debo a mi amigo y colega Tomas Borovinsky el llamado de atención cuando estas líneas de Rorty se hicieron virales durante la campaña de Donald Trump en 2016. Todas las citas de Rorty son de Richard Rorty, *Achieving Our Country*, Cambridge: Harvard, 1998. Las traducciones son mías.

sadismo y crueldad con que la sociedad y el Estado trataban tanto a las minorías étnicas y sexuales como a las mujeres. Esa ampliación de derechos y verdadera transición a la democracia que sufrió la sociedad estadounidense, ya que la exclusión de los afroamericanos de la vida social y política hacía que ésta no pudiese ser considerada una democracia plena de acuerdo con los estándares actuales, había desde los años ochenta exhibido, según Rorty, su “lado oscuro” (83).

Sobre ese lado oscuro, Rorty textualmente decía: “Durante el mismo período en que el sadismo socialmente aceptado disminuía sin cesar, la desigualdad y la inseguridad económicas habían crecido con la misma constancia. Fue como si la izquierda norteamericana no pudiese lidiar con más de una iniciativa a la vez”. (83) Y este proceso estaba lejos de estar llegando a su fin, ya que, decía Rorty en 1997, “[a] no ser que algo realmente inesperado ocurra, la inseguridad económica seguirá creciendo en los Estados Unidos. De hecho, es fácil imaginarse que las cosas se pongan mucho peor, muy rápido. Esto se debe a que buena parte de esa inseguridad es consecuencia de la globalización del mercado laboral – una tendencia que es razonable esperar siga acelerándose indefinidamente.” (84) Describiendo las causas de la desindustrialización norteamericana como si estuviese pensando en las pymes del conurbano bonaerense en la Argentina, Rorty explicaba como la globalización estaba “produciendo una economía mundial en la que el intento de cualquier país por evitar el empobrecimiento de sus trabajadores termina privándolos de empleo. Esta economía mundial será muy pronto propiedad de una clase alta cosmopolita” (85) sin ningún sentido de compromiso con sus propias comunidades. Este proceso es lo “que Robert Reich (en su libro *The Work of Nations*⁷) llam[ó] ‘la secesión de los exitosos’”. (86) En una cultura política que, en los noventa, tanto en los Estados Unidos como en la Argentina y en otras latitudes, había sido ampliamente colonizada por el dogma neoliberal, concluía Rorty, la “distribución del ingreso y la riqueza se habían convertido en temas que atemorizaban a los políticos norteamericanos, [...] por lo que la elección entre los dos partidos mayoritarios se había convertido en una opción entre mentiras cínicas y un silencio temeroso.” (87)

Este no es ya el escenario del debate político de nuestro presente, ni en la Argentina ni en los Estados Unidos. En la Argentina, el neoliberalismo de los años noventa hizo eclosión en la crisis económico-financiera de 2001/02. Y la salida de esa crisis se dio por el lado de una izquierda que relegitimó el debate sobre la distribución del ingreso, a la vez que lo articuló con la lógica sociocultural de la ampliación de derechos civiles – matrimonio igualitario, ley inmigratoria hospitalaria, legalización del aborto. En los Estados Unidos, en

cambio, como preveía Rorty, la desigualdad y la inseguridad económica siguieron expandiéndose y el debate político siguió encorsetado entre un Partido Republicano que promocionaba las políticas que generaban esa desigualdad e inseguridad económicas y un Partido Demócrata que hacía silencio por miedo a parecer demasiado radical ante el electorado. El resultado no fue idéntico al argentino, pero la crisis financiera de 2008/9, el surgimiento de una ola antipolítica libertaria encolumnada detrás del *Tea Party*⁸ y la llegada al poder de Donald Trump, hicieron que, en gran medida también como resultado de las dos campañas presidenciales fallidas de Bernie Sanders, el Partido Demócrata, hoy en el poder bajo la presidencia de Joe Biden, haya perdido algo (aunque no todo) el miedo a hablar de la distribución del ingreso y la riqueza.

La Argentina, por su parte, no cuenta con los recursos económicos y financieros para hacer de la redistribución del ingreso una política pública sustentable – o por lo menos no ha encontrado aún la forma de generarlos, y de generar los consensos necesarios como para que esa política no sea resistida exitosamente por aquellos que se conciben perjudicados por las políticas impositivas y tarifarias necesarias para llevar adelante tal redistribución. Como planteé en el apartado anterior, la transición a la democracia argentina ya estuvo desde su origen marcada por el intento, luego reactivado a partir de 2003, de articular las luchas por los derechos humanos contra la dictadura con el horizonte de los derechos sociales. Como también hemos recordado más arriba, “con la democracia se come, se cura y se educa” decía Raúl Alfonsín en 1983, a lo que la Renovación Peronista agregaba, allá por 1987, que las fuerzas armadas ya no contarían con la complicidad de la principal oposición para interrumpir el funcionamiento de las instituciones democráticas. Ese período – 1983-87 – consolidó el régimen hoy vigente. Pero también dio origen a una deuda que este régimen no logra siquiera comenzar a saldar: la deuda con un horizonte de igualdad y seguridad económicas capaz de articularse con la expansión de derechos civiles que siguió dándose desde los años de la transición.

En el trabajo que citamos, Rorty continuaba delineando un futuro en aquel momento ya imaginable para su país, dominado por la mencionada creciente desigualdad económica y la falta de respuesta de la constelación político-cultural de la izquierda ante la misma. Al cabo de un tiempo, decía finalmente Rorty en el mismo texto, “algo se va a quebrar” (90) y el fascismo llegará a los Estados Unidos. Muchos vieron en la llegada de Trump a la presidencia la confirmación de las peores pesadillas de Rorty. Otros creen que lo peor todavía no ha tenido lugar y que el sistema político y el modelo económico siguen coqueteando con su posibilidad. Pero lo que nadie pudo prever durante las

7 En español, *El trabajo de las naciones*, parafraseando el famoso *The Wealth of Nations*, de Adam Smith.

8 Una línea interna radicalizada del Partido Republicano.

dos primeras décadas del nuevo siglo fue el advenimiento de la pandemia de Covid19, pandemia que puso en pausa a los sueños restauradores-revolucionarios de Trump en los Estados Unidos. En la Argentina, por otro lado, dicho advenimiento encontró al país bajo un gobierno de signo muy distinto, quizás el más explícitamente concebido como en continuidad con la articulación de democracia social y derechos humanos/civiles inaugurada en el período 83-87 y reactivada en los años del kirchnerismo temprano. Pero las dificultades estructurales del Estado argentino, irremediamente endeudado y quebrado desde el crecimiento exponencial de la deuda externa durante la última dictadura hicieron que la desigualdad y la inseguridad económicas sean cada vez más profundas y cada vez más intolerables. La sociedad argentina, que consolidó una democracia política como nunca en su historia, sin embargo, se desgrana socialmente.

En los apartados previos hemos ofrecido una genealogía mínima de nuestro presente político. Para cerrar con una lectura de la derrota del oficialismo en las elecciones legislativas de noviembre de 2021 y las dificultades que este encontrará para volver a la victoria en 2023 es necesario ahora visitar la llegada de este oficialismo al poder. En 2015, el kirchnerismo había sido derrotado en las urnas en las primeras elecciones democráticas en las que una coalición manifiestamente ubicada a la derecha del espectro político lograba llegar al poder. Durante el gobierno de Mauricio Macri, pero sobre todo luego de la referida derrota de Cristina Fernández de Kirchner en las elecciones de medio término de 2017, fue quedando en evidencia para todos, pero sobre todo para la expresidenta, que su movimiento político se había convertido en una fuerza cohesionada e intensa, pero incapaz de volver a construir una mayoría política por sí misma. Fue así como, reuniendo a casi a todo el arco político de aquellos que habían roto sucesivamente con el kirchnerismo tardío, las elecciones de 2019 vieron a la fórmula Fernández-Fernández resultar victoriosa. Pero era allí mismo, en la forma de construcción de esa fórmula victoriosa, en donde residiría la primera de las tres facetas más evidentes del complejo período que desembocó en la situación política argentina en la postpandemia. La primera y más importante faceta es simplemente política. Cuando CFK reconoció la incapacidad de su fuerza para volver a construir una mayoría, esta decidió reencontrarse con las principales figuras que, habiendo sido actores centrales del primer kirchnerismo, habían terminado articulando las críticas más agudas a su ejercicio del poder: Alberto Fernández, Felipe Solá, Sergio Massa, Victoria Donda, Pino Solanas y muchos otros. Como ya vimos al comienzo del texto, en ese acercamiento CFK propuso a AF encabezar la fórmula presidencial, con ella secundándolo como candidata a la vicepresidencia. La fórmula resultó exitosa, pero algunos de

sus sentidos escaparon a la comprensión tanto de CFK como de AF.

Alberto Fernández, desde el comienzo de su gobierno – quizás por una mal entendida deferencia a quién lo había ungido candidato, quizás por considerar que eso no contribuiría a la unidad de la nueva coalición – sostuvo que su intención no era construir el “albertismo” o, peor aún, que su intención era *no construir* el albertismo. Esa decisión/aceptación de no construir una identidad, un perfil y un discurso propios y distintivos, terminó siendo tanto inevitable de hacer parcialmente como profundamente contraproducente al no ser hecha en plenitud. Lo supieran o no, tanto CFK como el kirchnerismo *precisaban* que el enorme caudal de votantes que había migrado hacia el nuevo oficialismo, pero no lo hubiera hecho hacia la expresidenta en soledad, encontrara en AF y el plantel y las organizaciones políticas que le eran más afines la expresión de una política distinta a la de la expresidenta. En eso consistía la fuerza de la nueva coalición: en la multiplicidad de la unidad, en una pluralidad de perspectivas que veían al período 2003-2015 de modos significativamente diversos, pero que coincidían en la necesidad de interrumpir el proceso político iniciado en 2015 con una alternativa popular y progresista. A pesar de la reticencia de AF a construirlo de modo explícito, ese proceso de configuración identitaria y discursiva propia pareció darse de todos modos de manera espontánea durante los primeros meses de la pandemia, momento en el cual el presidente encontró, tanto en los gobernadores más decididamente kirchneristas – como Axel Kicillof – como en los opositores en ejercicio de puestos ejecutivos – en particular Horacio Rodríguez Larreta – la predisposición necesaria para desplegar una respuesta de política pública concertada ante el avance del Covid-19.

Ese ejercicio de pluralismo político, altamente efectivo para la generación de los consensos necesarios en una emergencia de la envergadura de la que se enfrentaba, se encontró con una resistencia creciente en miembros de su propia coalición – aquellos más identificados con la vicepresidenta – y también, indirectamente, en aquellos de la coalición opositora que veían cómo dicha acción conjunta elevaba la figura de Rodríguez Larreta. Antes estas presiones, AF se mostró vulnerable en exceso y, contradictoriamente, cedió ante ambas a la vez: empezó a buscar el modo de despegarse del rol de enunciador-en-jefe de la lucha contra la pandemia y trató de desplegar gestos de “autoridad presidencial” sin consulta previa con su principal opositor-aliado – emblemáticamente, el quite de un porcentaje menor de la coparticipación a CABA y el intento de mantener cerradas por DNU las escuelas de la ciudad. Este doble movimiento de alejarse simbólicamente del manejo de la pandemia a la vez que unilateralizaba la toma de decisiones con respecto a ese manejo, fue el comienzo del fin, o del fin de aquel momento clave.

Casi sin quererlo, o sin quererlo de modo enunciativamente explícito, el presidente había comenzado a construir un estilo de liderazgo político acorde a lo que su parte de la coalición demandaba. Pero el run-run político en el bloque opositor, sumado a las críticas por parte de miembros de su propia coalición, encontraron en el presidente el blanco ideal: alguien que no supo cómo hacer del pluralismo su fortaleza y no su debilidad. Corroborada la hipótesis de que no habría un albertismo capaz de expresar proactivamente a aquellos que habían dado su voto a la promesa de ese nuevo significativo vacío (AF), a la coalición gobernante le faltó la pata que le impidiese quedarse renga antes de tiempo⁹. Y así fue como la carencia política del gobierno hizo que sus políticas para contrarrestar los efectos de la pandemia – tanto las medidas sanitarias como las de ayuda económica – se viesan cada vez más desdibujadas ante la opinión pública. Para el momento en que la segunda ola de la pandemia global llegó a la Argentina a principios de 2021, ya nadie sabía muy bien, más allá de la necesidad de usar barbijo y la conveniencia de mantener cierta distancia en las interacciones personales, qué era lo que se podía/debía y no se podía/debía hacer ante la emergencia sanitaria. El Estado se había quedado sin las herramientas de 2020 – medidas destinadas a reducir la circulación del virus que contasen con el apoyo suficiente, tanto en la sociedad civil como en los principales actores políticos, como para hacer una diferencia – y todavía no llegaban en cantidad suficiente las herramientas de 2021 – las vacunas. A pesar de que la Argentina fue uno de los países más efectivos del segundo pelotón – luego de los países más ricos, que acapararon la provisión temprana de vacunas – en su campaña de vacunación, ésta última terminó siendo, tanto por una secuencia de errores propios como por una campaña bastante notoria y unificada de los principales medios y la principal oposición, uno de los puntos débiles del oficialismo ante la opinión pública.

Tanto la respuesta inicial de cuarentenas globales como el desarrollo mismo de las vacunas y el número de personas vacunadas en tan poco tiempo, global y localmente, no encuentran precedentes. Sin embargo, los gobiernos del mundo obtuvieron poco reconocimiento por parte de sus sociedades del rol protagónico que cumplieron en tamaños logros. En efecto, sin la actitud responsable pero costosa políticamente de muchos gobiernos del mundo, incluyendo el argentino, la pandemia hubiera probablemente terminado con la vida de muchos millones de personas más de las que efectivamente cegó. Un estudio del *Global Policy Lab* de la Universidad de California-Berkeley, realizado a solo dos

⁹ Vuelvo a referirme indirectamente aquí a la idea de que, en los Estados Unidos, a los gobernantes ya reelegidos y sin posibilidad de buscar una nueva reelección se los denomina “patos rengos”, debido al debilitamiento de su autoridad política.

meses de iniciada la pandemia – el cálculo hoy daría números muchísimo mayores – estimaba que las cuarentenas tempranas decretadas solamente en los seis países de la muestra (China, Corea del Sur, Irán, Francia, Italia y los Estados Unidos) habían prevenido la muerte de más de tres millones de personas. Durante esos primeros meses, Argentina fue uno de los países que más logró retrasar los efectos de la pandemia, y la primera ola tuvo un impacto comparativamente mucho menor en la Argentina que la segunda. Esto último confirma que el efecto combinado del debilitamiento de las herramientas disponibles por parte del Estado durante los primeros meses de 2020 y el retraso de la llegada de las vacunas, herramienta central para soñar con el comienzo del fin de la pandemia promediando el 2021, había agravado considerablemente el impacto de la pandemia en la Argentina.

“ La sociedad se desgrana, y la coalición política que había llegado al poder en 2019 no parece encontrar la manera de ofrecer al país una salida congruente con las promesas de justicia social y democracia política articuladas por el régimen nacido en 1983. ”

Como sabemos y acabamos de indicar, la segunda ola de la pandemia de Covid-19 fue devastadora en la Argentina. Y su economía, a pesar del mejoramiento de algunas de sus variables, no termina de recuperar plenamente el ritmo de actividad económica; un ritmo ya diezmado por la recesión de 2018-19. Los efectos de este período de prolongada crisis económica y sanitaria en los sectores más vulnerables de la sociedad no tienen precedentes en la Argentina. La sociedad se desgrana, y la coalición política que había llegado al poder en 2019 no parece encontrar la manera de ofrecer al país una salida congruente con las promesas de justicia social y democracia política articuladas por el régimen nacido en 1983.

Comentarios finales: la antipolítica y la sustentabilidad del régimen

La nota provisionalmente de color de las elecciones de medio término de 2021 fue el caudal de votos obtenidos por el candidato anarquista de derecha Javier Milei. La consigna preferida coreada por sus seguidores simplemente afirmaba: “la casta tiene miedo”. La casta política es, en efecto, el

talón de Aquiles del verdadero enemigo de esa ideología política: el Estado redistributivo. Pero ocurre que la marcha sobre Buenos Aires de Avanza libertad no es un fenómeno tan nuevo como parece. Por supuesto que antecedentes dispares de rechazo a la dirigencia política in toto pueden remontarse tanto al “que se vayan todos” en 2001-2 como al mismísimo Proceso de Reorganización Nacional en 1976. Pero la realidad es que, más cerca en el tiempo, la versión menos rebelde, más burguesa, de tal rechazo había ya sido la encabezada por Mauricio Macri y su Propuesta Republicana (PRO), también en la ciudad de Buenos Aires primero y luego a nivel nacional. Más allá de haber luego sumado a gran parte del radicalismo y a otras agrupaciones con vínculos estrechos con el régimen nacido en 1983-87, una parte considerable del plantel y los seguidores más convencidos de una de las dos fuerzas políticas más novedosas y exitosas del siglo XXI (el PRO, la otra es sin duda el kirchnerismo) fueron precisamente los sectores que observaron la vida política del nuevo régimen, digamos, desde la platea – como quién saborea el debilitamiento de un adversario al que se planea derrotar. Pero tampoco esto es una novedad que pueda ser directamente identificada con los resultados de las elecciones de medio término de 2021: la antipolítica es una forma política, una forma de llegar al poder.

La segunda novedad de las elecciones de medio término de 2021, también quizás menor, fue en realidad devastadora para la coalición gobernante – ya que fue la perfecta contracara de la denuncia antipolítica. Mientras muchos de los ciudadanos argentinos, particularmente aquellos afines al oficialismo respetaban con esfuerzo las medidas restrictivas dictadas por el gobierno nacional para mitigar el impacto de la pandemia, en la Quinta de Olivos, alguien hacía una excepción para sí mismo. Si ese alguien había primero malinterpretado el trabajo que quedaba por hacer para convertir a la colación electoral victoriosa en una multiplicidad-en-unidad, escamoteando la consolidación del perfil propio en esa multiplicidad; si ese alguien había sido demasiado vulnerable a las críticas, tanto por “derecha” como por “izquierda”, y había terminado sabotando la consistencia de las propias políticas públicas implementadas para combatir la pandemia; ese alguien, casi sin darse cuenta, hacía ahora que su credibilidad, un tipo de capital político muy difícil de obtener y casi imposible de recuperar, se escurriese tristemente por los desagües del poder – al tiempo que, en los márgenes del mismo, un cuestionamiento general a la política democrática y al estado redistributivo encontraban en estas falencias políticas un argumento inigualable para su radicalización.

Finalmente, mucho más decisivos para el destino político del gobierno de Alberto Fernández que la creciente oposición “antipolítica” y los errores propios fue la virulencia con la que

comenzó a manifestarse el conflicto interno de la coalición gobernante luego de la derrota electoral de 2021. Los acontecimientos disparados por las renuncias presentadas por parte de los ministros representativos del kirchnerismo tardío inmediatamente después de las PASO, seguidas meses después por la renuncia de Máximo Kirchner a la presidencia del bloque de diputados oficialistas en oposición al acuerdo con el FMI y los embates constantes contra el ministro de economía Martín Guzmán, hicieron trizas el sueño de una unidad-en-pluralidad como fórmula exitosa de gobierno y de poder. El escenario abierto a partir de esos enfrentamientos fue y siguió siendo de incertidumbre acerca del perfil que caracterizaría a la coalición de gobierno durante los últimos dos años de mandato. Se hizo evidente a partir de ese momento que la falta de construcción de un “albertismo” hizo posible que los sectores del oficialismo que respondían a CFK pensasen que había llegado la hora de presionar en conjunto para forzar la conformación de un gobierno, no ya de coalición, sino abiertamente alineado con su jefa política.

La reacción del presidente, sin embargo, complicó esos planes. Así como ocurrió durante los primeros meses de la pandemia, la nueva contingencia abierta por la explicitación del conflicto interno volvió a poner en manos del presidente la posibilidad de delinear un estilo, discurso y, quizás, hasta de un gobierno propios – aunque esta posibilidad siguió sin materializarse, a pesar de las muchas oportunidades ofrecidas por la coyuntura para ello. El impasse se prolongó en el tiempo, con un presidente que ni cedía ante la presión de CFK y sus seguidores – ya sea aceptando todas las imposiciones que se le exigiesen o simplemente renunciando a la presidencia para permitir la asunción de CFK – ni los enfrentaba decididamente para poder encarar, de ese modo, el futuro de un gobierno autonomizado de tales presiones. Es difícil imaginar que existiesen alternativas disponibles que no fuese esta última de todas maneras, ya que la palabra pública del kirchnerismo tardío en la secuencia política inaugurada por la derrota en las elecciones legislativas de 2021 había puesto en evidencia que la capitulación que se esperaba del presidente era un lugar inhabitable para alguien en ejercicio de su rol institucional. AF y los distintos sectores que conformaron el oficialismo a partir de ese momento enfrentaron una tarea monumental – y lo que estaba en juego era mucho más que su gobierno. La pandemia, la crisis económica, la imposibilidad de dar forma a un gobierno pluralista que expresase con fidelidad la novedad de la coalición victoriosa en 2019, los errores de todo tipo que pusieron en duda la credibilidad del gobierno de AF, todo hizo evidente que evitar un quiebre del régimen político-constitucional nacido en 1983 es una tarea tan urgente como de cada vez más difícil ejecución ●

Bibliografía

Ackerman, Bruce. (1998) *We the People. Foundations*. Cambridge: Harvard.

Arendt, Hannah. (1958) *The Origins of Totalitarianism*. New York: Meridian Books.

Habermas, Jürgen. (1992) *Teoría de la acción comunicativa*, dos volúmenes. Madrid: Taurus.

Kantorowicz, Ernst H. (1997) *The King's Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology*. Princeton: Princeton.

Koselleck, Reinhart. (1988) *Critique and Crisis. Enlightenment and the Pathogenesis of Modern Society*. Cambridge: MIT.

Laclau, Ernesto. (2007) *On Populist Reason*. London: Verso.

Lefort, Claude. (1986) *Essais sur le politique*. Paris: Éditions du Seuil.

Nino, Carlos. (1996) *Radical Evil on Trial*. Yale: New Haven.

O'Donnell, Guillermo; Philippe C. Schmitter; and Laurence Whitehead, eds. (1996) *Transitions from Authoritarian Rule. Latin America*. Baltimore: John Hopkins.

Plot, Martín. (2020) “La democracia dualista como forma política: Bruce Ackerman y la cuestión del régimen político en la Argentina y los Estados Unidos” en Gerardo Caetano y Fernando Mayorga (comps.), *Giros Políticos y Desafíos Democráticos en América Latina. Enfoques de Casos Nacionales y Perspectivas de Análisis*. Buenos Aires: Clacso.

Plot, Martín. (2021) “Momentos constitucionales e institución de la sociedad. Bruce Ackerman y la democracia dualista argentina” en Mauro Benente y Diego Conno (comps.), *Democracias constituyentes. Teorías (y) políticas de lo común*. Buenos Aires: Ediciones del Sur.

Rorty, Richard. (1998) *Achieving Our Country*. Cambridge: Harvard.

Semán, Ernesto. (2021) *Breve historia del antipopulismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.